

RESEÑA

VILLAVICENCIO ZARZA, FRIDA, 2013. *Lenguas indígenas en el México decimonónico. Ecos, pregones y contrapuntos*. México: CIESAS (Laboratorio de Lengua y Cultura Víctor Franco), 264 pp.

María Eugenia Vázquez Laslop
El Colegio de México
mvazquez@colmex.mx
orcid: <https://orcid.org/0000-0001-9422-8839>

Cómo citar: Vázquez Laslop, M. E. 2015. Reseña a Villavicencio Zarza, Frida. *Lenguas indígenas en el México decimonónico. Ecos, pregones y contrapuntos*. *Cuadernos de Lingüística de El Colegio de México* 2. e022. 327–335. <https://doi.org/10.24201/clecm.v2i0.22>

VILLAVICENCIO ZARZA, FRIDA, 2013. *Lenguas indígenas en el México decimonónico. Ecos, pregones y contrapuntos*. México: CIESAS (Laboratorio de Lengua y Cultura Víctor Franco), 264 pp. (40 Aniversario del CIESAS).

¿Por qué leer el libro de Frida Villavicencio Zarza *Lenguas indígenas en el México decimonónico. Ecos, pregones y contrapuntos*, existiendo ya desde la década de 1950 la obra indigenista de Gonzalo Aguirre Beltrán o la producción bibliográfica de Bárbara Cifuentes, sobre todo, a partir de la

década de 1990, la dedicada a la historiografía lingüística y de las lenguas indomexicanas durante el siglo XIX; o el ya clásico libro de Shirley Brice Heath *La política del lenguaje en México: de la Colonia a la nación*, publicado en 1972; o aun los estudios de la historia de la educación en México de Dorothy Tanck de Estrada y de Anne Staples? En primer lugar, porque este nuevo libro de Frida Villavicencio, más que solo contar una historia de la situación y el estudio de las lenguas indígenas en México durante el siglo XIX, se suma a la discusión de estas pocas voces de historiadores, antropólogos y lingüistas no solo constructores de historiografías, sino verdaderos exégetas de la época decimonónica. Este libro, además —y he aquí la segunda y, tal vez, principal razón de por qué leerlo— añade un aspecto original y único a este género historiográfico: la puesta en escena de un caso paradigmático de las lenguas indígenas en el siglo XIX: el del purépecha. Interpreto lo paradigmático del caso de esta lengua de la siguiente manera. Por un lado, se trata de una lengua documentada desde hace cinco siglos en dos sentidos: en cuanto a su descripción gramatical, gracias a la labor incansable y erudita de los lingüistas misioneros novohispanos, a quienes se sumaron otros intelectuales “enciclopédicos” del siglo XIX que enriquecieron el estudio del purépecha o del tarasco, según fuera el caso; y documentada la lengua también para las labores evangelizadoras y didácticas a lo largo del periodo virreinal y sus postrimerías, en la construcción de la identidad mexicana durante el siglo que nos ocupa. Por otro lado, Villavicencio nos despliega el caso del purépecha como paradigmático, porque todo lo que le sucede a su comunidad lingüística es ejemplar respecto de las otras lenguas indomexicanas (sobre todo, de las que cuentan con más hablantes) en los ámbitos demográficos, de

movilidad social y educativos. Además, como veremos, el purépecha sufre cambios lingüísticos a lo largo de las cinco centurias, que Frida Villavicencio ha documentado ampliamente a lo largo de su carrera como lingüista, la cual supera ya las dos décadas. Villavicencio sintió que llegaba la hora de decirnos más y de decírnoslo de una manera sencilla, amena y bien integrada. Villavicencio decidió trascender su oficio de lingüista para adoptar el de historiadora y antropóloga –diría yo, de humanista.

Organiza su libro en tres partes: la primera, dedicada a la realidad plurilingüe de la nueva nación independiente, sin dejar de lado los antecedentes históricos de la época novohispana; la segunda, destinada a explicar el papel central que jugaron las lenguas en el México del siglo XIX como condición *sine qua non* de la identidad nacional, en esta diversidad plurilingüe, donde el español o castellano en ese entonces, fue ganando terreno; la tercera parte, la del caso paradigmático, el del purépecha, desenvuelta en sus dimensiones histórica, de política lingüística, sociológica y de su estudio científico. Para cerrar, la autora delinea algunas rutas de los cambios lingüísticos que ha sufrido esta lengua desde el siglo XVI hasta el XX.

Las dos primeras partes –la de la realidad plurilingüe y la del papel de las lenguas en la construcción de la identidad nacional– son las más ligadas a los trabajos de los estudiosos citados: Aguirre Beltrán, Tanck de Estrada, Cifuentes, Brice Heath, además de historiadores y analistas políticos de México, como Silvio Zavala, Luis González y González, José Luis Martínez, Enrique Florescano, Ricardo Pérez Monfort, Josefina Zoraida Vázquez y Daniel Cosío Villegas, entre otros. Ambas partes de la obra tienen un tono integrador y enciclopédico, informativo y sintético de las cuestiones características del siglo XIX: la Ilustración, el liberalismo enfrentado al

conservadurismo, las tendencias hacia el positivismo científico, las recomposiciones demográficas en México, según los principales grupos sociales (sobre todo de indios, mestizos y criollos), las actividades productivas y sus transformaciones por la revolución industrial; todos estos aspectos inteligentemente enlazados para encuadrar la situación central del libro: el estado de las lenguas indomexicanas en el siglo XIX, su estudio científico en aquella época y las políticas lingüísticas de las diversas y casi siempre interrumpidas administraciones en el poder a lo largo del siglo. Con este panorama enciclopédico, Villavicencio le ahorra al lector el esfuerzo de acudir a las bibliotecas generales para tener a la mano los detalles de este periodo histórico de México.

La diferencia del tratamiento de las dos primeras partes del libro que nos ocupa respecto de las historias generales de México está en lo que percibo como el hilo conductor de la obra de Villavicencio: hablarnos de la disminución del reconocimiento y uso de las lenguas indígenas en el ámbito público y su restricción paulatina pero rápida a su uso en los ámbitos privados a lo largo del siglo XIX. En su recorrido histórico, con una clara delimitación de los movimientos de la conformación de la sociedad mexicana, de su composición demográfica y de las políticas públicas, Villavicencio va comprobando que el avance del español –sea políticamente deliberado o económicamente necesario– va de la mano de la pauperización de los indígenas y la disminución de la población en estas comunidades para responder, por ejemplo, a la leva que obligaba a sus miembros a participar en las constantes guerras civiles a lo largo del siglo XIX. Lo que hizo sobrevivir a muchas de las variantes lingüísticas de México en este periodo fueron los ámbitos familiares, económicos lo-

cales y, como en los tiempos novohispanos, la evangelización constante. Además, con todo, –nos demuestra Villavicencio– las lenguas se mantuvieron presentes por su estudio en ámbitos académicos de educación superior y en sociedades científicas y literarias tan de moda en aquella época. Desde su personal perspectiva, Villavicencio va reseñando la labor de intelectuales, políticos y literatos del momento casi siempre en dicotomías: los que estaban a favor de restablecer el uso de las lenguas indígenas en algunos lugares del ámbito público frente a los que pugnan por castellanizar, de una vez por todas, a toda la población mexicana para por fin alcanzar la homogeneidad anhelada en tanta diversidad cultural con el uso generalizado del español (claro, según los cánones de la Real Academia Española). Si con la distancia del tiempo pueden plantearse las cosas así, casi en blanco y negro, es seguramente un punto por discutir con la autora.

Me refiero ahora a la tercera parte del libro que, desde mi punto de vista, es la más original: “La lengua de Michoacán en el siglo XIX”. Después de corroborar en las otras dos partes del volumen lo que sucedió con las lenguas indígenas en general, Frida Villavicencio se dedica ahora a revisar con más detalle lo propio en las comunidades purépechas durante el siglo XIX, bajo las mismas directrices. El objetivo de la autora es comprobar que el siglo XIX fue “un parte aguas en la historia de la lengua de Michoacán” (p. 143), puesto que en esa centuria, según las investigaciones lingüísticas de la propia Villavicencio “se consolidó la mayoría de los cambios” en esa lengua y “se forjó la variante moderna del idioma” (ibid.).

Comienza –de nuevo a partir de dicotomías ideológicas y políticas– con la discusión acerca de la denominación de la lengua, que, de hecho,

lleva consigo la consciencia de la identidad de su comunidad hablante: si *tarasco* o *purépecha*. Después, Villavicencio hace lucir fuentes documentales decimonónicas en purépecha, a veces anónimas, a veces inéditas, listas para ser tratadas por los filólogos, que son para ella pruebas claras de la subsistencia de tradiciones “cuyos orígenes se remontan a los primeros momentos del contacto cuando se ponderaba el conocimiento y la práctica de las lenguas indígenas como base de la tarea evangelizadora” (p. 173). Entre ellas, pastorelas, oraciones y catecismos conservados gracias a los bibliófilos del siglo XIX (sobre todo, en este caso, Nicolás León). Estos preciosos textos, junto con las artes gramaticales de los misioneros del siglo XVI, otro estudio del siglo XVIII y las gramáticas de corte científico producidas en el siglo XIX son la base para que la autora llegue al culmen del volumen: las pruebas del cambio lingüístico del purépecha. Las gramáticas que Villavicencio destaca del siglo XIX son, además, fundamentales para comprobar su tesis de que dicha centuria marca la pauta del purépecha moderno. La *Gramática de la lengua tarasca* de fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera se publicó al principio del siglo, en 1833; la *Langue Tarasque. Grammaire, dictionnaire-- Textes traduits et analyses* de Raoul de la Grasserie y Nicolás León, se editó en 1896. Son ambos momentos ideales para comparar los posibles cambios en la lengua. Por un lado, la gramática de Nájera organiza la descripción del purépecha a partir de la estructura de las gramáticas clásicas grecolatinas (por cierto, con ánimo descriptivo más que prescriptivo, tal como lo había comentado ya Bárbara Cifuentes en 1996).¹ Por otro lado, La *Langue Tarasque* de de la Grasserie

¹ Bárbara Cifuentes, 1996. “Algunas dificultades para la periodización, ejemplificadas en

y León –nos dice Villavicencio– fue el tomo XIX de la *Bibliothèque Linguistique Américaine* y muestra una categorización más propia de la lengua: trata la “lexiología” y tres secciones para describir los tipos de afijación del tarasco. Villavicencio dilucida acerca de la proveniencia del concepto de lexiología –que para de la Grasserie y León es lo más característico del tarasco– y acude a la definición de lexía de Bernard Pottier, ya del siglo XX. En realidad (me permito precisiones para la autora), la *lexiologie* era una subdisciplina de la filología concebida por Honoré Joseph Chavée (1815–1877) como la “ciencia de la palabra”, distinta a la *lexicologie*, dedicada –según el francés– a coleccionar palabras para el diccionario, y a la morfología, que trataba las partes y formación de las palabras. La lexiología de Chavée tenía un carácter más semántico, pues su objetivo era, entre otras cosas, explicar el por qué y el cómo de las significaciones de las palabras. Chavée había desarrollado y aplicado esta ciencia en su tratado *Lexiologie Indoeuropenne*, publicada en 1849. De tal forma que al destacar de la Grasserie y León la lexiología del tarasco en su tratado de 1896, por un lado, los autores ponían en primer plano la complejidad de las palabras de esta lengua y sus significados, a lo cual subsumirían todos los procesos morfológicos; y por otro lado, dejaban sobre la mesa un estudio que serviría para estudios filológico-comparativos con otras lenguas, tal como había hecho Chavée con algunas lenguas indoeuropeas.

Cierra su libro Villavicencio con su trabajo eminentemente lingüístico. Si todos los capítulos anteriores se organizaron como estudios de corte

las obras de Francisco Clavijero y Crisóstomo Nájera”. *Estudios de Lingüística Aplicada* 23/24, pp. 37–46.

histórico, sociológico e historiográfico para exponer aspectos de historia de las lenguas indígenas en México, el capítulo final, “Hacia un purépecha moderno”, pasa a la perspectiva lingüístico-histórica. Si todo lo anterior bien va dirigido a cualquier lector mexicano universitario, el cierre del libro es un regalo exclusivo para los lingüistas, pues difícilmente el lector general podría captar la finura de los análisis morfosintácticos de la autora. Frida Villavicencio se propone demostrar que del siglo *xvi* al *xx* el orden de aparición de las frases nominales en construcciones de modificación en purépecha ha sufrido un cambio. En el siglo *xvi* el núcleo iba al final de la construcción de modificación, mientras que en el siglo *xx* va al principio de la frase modificadora. También demuestra la autora que algunos clíticos marcadores de modalidad y cortesía, frecuentes en el siglo *xvi*, sobre todo, en enunciados directivos, han dejado de utilizarse desde fines del siglo. Villavicencio lo comprueba de manera sencilla pero contundente, al comparar las descripciones lingüísticas de las artes y gramáticas de los siglos *xvi* al *xx* que había descrito en el capítulo anterior. La tesis central de Villavicencio es la siguiente:

Al cotejar las sucesivas etapas de desarrollo, se ha podido observar que fue precisamente en el siglo *xix* cuando se consolidaron los cambios lingüísticos que separan al sistema de construcciones de modificación antiguo del que opera actualmente y fue también en este siglo cuando ya no se documentan las marcas de modalidad y cortesía tan propias y frecuentes en el siglo *xvi*. (p. 226).

De la historia en general a la historia de las lenguas, de aquí a la historiografía lingüística y, por último, el salto a la lingüística histórica, es

el recorrido de esta nueva obra de Frida Villavicencio escrita en estilo ameno y con ricas ilustraciones fotográficas y literarias de los grandes hacedores de la cultura decimonónica en México: sus hablantes y sus pensadores.

MARÍA EUGENIA VÁZQUEZ LASLOP

El Colegio de México

mvazquez@colmex.mx